

dad los libertinos que siembran de hijos nocturnos el arroyo, y firmaron escritos pidiendo la proscripción de aquellos monstruos, las turbas de piadosas señoras que han vendido su cuerpo en los altares por el esplendor de una fortuna, para manchar luego el tálamo infeliz con el estigma de sus adulterios.

Porque hay seres rehacios á la libertad, que todavía confunden el verdadero, el puro amor, el amor fuerte y libre que no conoce el tedio porque no siente el grillete, ni experimenta la necesidad de las traiciones porque no reconoce otros lazos que los de su propia responsabilidad, con la caricia pasajera y versátil de las bestias. Tal afirmó cierta vez con inaudito cinismo ante una agrupación de señoritas, un político menguado de perverso renombre, nacido para cabalgar bajo las tempestades de la fuerza en los cómodos sillones ministeriales.

Hermanos, no os asustéis de mis

palabras. Bien comprendo que no es hora todavía de practicar estos ensueños. El nivel moral de nuestros hombres aún no alcanza la altura de perfección que tales prácticas reclaman. Pero no olvidéis que soy un soñador. Dejadme que me complazca en proclamar este ideal ante vuestras conciencias jóvenes y fuertes, y que lo anuncie como una hermosa realización del porvenir.

Por sabio, por batallador, por hombre probo, la Humanidad glorificará por siempre á Eliseo Reclus.

Yo, para tributarle el homenaje fervoroso que he querido rendirle ante vosotros, tomaré sólo el más modesto de sus títulos ante la versatilidad convencional que es hoy la norma de la vida: su sincera y valerosa consecuencia.

Contempladlo y amadlo desde ese grandioso pedestal de su memoria!

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

## Los salvajes

Las recopilaciones científicas nos traen una noticia del más alto interés. Los hermanos Sarrazin, viajeros laboriosos y constantes en sus investigaciones, han descubierto en la isla de Celebes, donde hacían sus estudios, una tribu de «hombres de los bosques» que no conocían el uso del fuego. Viviendo en una parte de la isla donde no existen volcanes, los Ta-Ota no habían visto nunca en su vecindad inmediata ni llamas, ni ascuas, ni escorias ardientes y jamás había alumbrado el rayo sus húmedas selvas. Ya en otra tierra ecuatorial, en la Papuasias ó Nueva Guinea, el viajero ruso Mikloukho-Maklaï, había vivido entre indígenas que afirmaban que sólo conocían el fuego desde hacía pocas generaciones; pero esto parecía dudoso, y los etnólogos profesaban como tesis indiscutible que la edad de la *propyrie* ó anterior al fuego había terminado para todos los hombres desde tiempos inmemoriales. Se engañaban. En la

multitud de grupos sociales esparcidos por la superficie del planeta puede observarse toda la serie de civilizaciones, tales como se han desarrollado en la sucesión de las edades, desde la forma más rudimentaria y sencilla hasta la más infinitamente compleja. Y entre los más atrasados de esos hombres los hay de quienes puede uno preguntarse si forman todavía parte de la animalidad primitiva ó si ya hay que ver en ellos representantes de ese género humano que hemos calificado de «señor del universo».

Por el momento, casi no parece que los Ta-Ota de Celebes hayan de contarse entre «los reyes de la creación». Si su dominio de los elementos todavía no se ha elevado hasta el conocimiento y el uso del fuego, su potencia de coordinación intelectual no ha logrado clasificar los objetos hasta el número de tres y tampoco parece que su sentido del misterio y del más allá permite ver en ellos á los «animales